

**Dos concepciones ontológicas de sociedad**  
**Two ontological conceptions of society**  
**Duas concepções ontológicas de sociedade**

Leticia O. Minhot

Facultad de Psicología / Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (Escuela de Trabajo Social)

Universidad Nacional de Córdoba

E-mail: leminhot@gmail.com

**Resumen:** En este trabajo se pretende presentar la estructura ontológica de dos concepciones de sociedad y sus relaciones lógicas y ontológicas, según sea el caso, con individuos o con individuos individuados. Partimos de un análisis de la estructura ontológica de la sociedad tal como la concibe Freud para poder visualizar la coherencia entre esa estructura y la que subyace en su psicopatología. Luego, hacemos lo propio con Winnicott y mostramos cómo, a veces, sus enunciados no pueden ser tomados literalmente, lo que nos lleva a profundizar en el estudio de su concepción de sociedad y las relaciones que ésta mantiene con su Teoría de la Maduración. Se espera que la comparación de estos dos modelos de la estructura ontológica de sociedad nos permita mostrar los alcances orientados a la comprensión de la adolescencia en esta época.

**Palabras claves:** Ontología, individuos, individuos individuados, Freud, Winnicott

**Abstract:** This paper aims to present the ontological structure of two conceptions of society and its logical and ontological relations, depending on the case, with individuals or individuated individuals. We start with an analysis of the ontological structure of society as conceived by Freud to see the consistency between this structure and that underlying psychopathology. Then we do the same with Winnicott and we show how, sometimes, their statements cannot be taken literally, leading us deeper into the study of his conception of society and the relations it maintains with his Theory of Maturation. It is expected that the comparison of these two models of the ontological structure of society allows us to show the scope oriented understanding of adolescence in this era.

**Keywords:** Ontology, individuals, individuals individuated, Freud, Winnicott.

**Resumo:** Este artigo tem como objetivo apresentar a estrutura ontológica de duas concepções de sociedade e suas relações lógicas e ontológicas, conforme aplicável, com indivíduos ou indivíduos individuados. Começamos com uma análise da estrutura ontológica da sociedade como concebido por Freud para ver a coerência entre esta estrutura e a psicopatologia subjacente. Em seguida, fazemos o mesmo com Winnicott e mostrar como, às vezes, suas declarações não podem ser tomadas literalmente, levando-nos mais fundo no estudo da sua concepção de sociedade e as relações que mantém com a sua teoria do amadurecimento. Espera-se que a comparação entre esses dois modelos da estrutura ontológica da sociedade nos permite mostrar o entendimento orientado ao âmbito da adolescência nesta época.

**Palavras -chave:** Ontologia, individuos, individuos individuados, Freud, Winnicott.

Los individuos aislados son resultados de abstracciones mentales porque, en realidad, es absolutamente imposible percibir cualquier objeto aislado, su concepción es el resultado de una operación intelectual basada en alguna teoría que hace el recorte que lo separa del resto de los elementos con los cuales está interconectado. Por lo que pensar a los adolescentes, por ejemplo, no puede significar pensar individuos aislados, la comprensión que este tipo de ejercicio mental puede aportarnos es bastante limitada. Sólo nos acercamos a algo real si podemos pensarlo en espacios relacionales que se dan en una época y en una cultura en la que intervienen personas e instituciones generadas por las relaciones vinculares propias de estos espacios. Esto lo aprendimos de Winnicott.

El objetivo principal de este trabajo consiste en plantear la posibilidad de una tensión en algunos escritos de Winnicott en los que nos ofrece alguna concepción de sociedad. Nuestra heurística es que estas consideraciones no son coherentes con la ontología que se desarrolla en su Teoría de la Maduración. Revisar críticamente su concepción de sociedad a la luz de su propia teoría nos parece muy relevante a la hora de considerar la problemática de la adolescencia. Para lograr esto compararemos la estructura ontológica de la sociedad tal como la pensó Freud con la que se deriva del pensamiento de Winnicott. La heurística de la comparación se funda en la idea de que la estructura ontológica de la sociedad es impensable de modo independiente de la de individuo. En base a esta comparación esperamos poder aportar a la elucidación del concepto de sociedad según Winnicott y poder revisar su concepción de democracia bajo una nueva luz.

Analicemos en primer lugar el concepto de sociedad presente en la obra de Freud. La ontología del psicoanálisis freudiano está constituida por individuos dados que nacen con ciertas estructuras y a partir de allí evolucionan en la medida en que van incluyendo nuevas funciones. El programa del principio de placer es el que estructura y determina todas las operaciones del aparato psíquico de cada uno de ellos. El otro entra como representación que se da en ese aparato psíquico. Nunca tratamos con el otro real sino con lo que nos representamos de él. Dados los individuos estructurados por el principio de placer, lo que los vincula a unos con otros es la fuerza libidinal que se da como proyecciones desde cada uno. El vínculo con los demás supone a los individuos. En “El Malestar de la Cultura” (1930) Freud señala claramente que, además, este programa está en lucha con el mundo entero, “tanto con el macrocosmos como con el microcosmos”. Esto significa que lo que estructura las operaciones del aparato psíquico lo hace en oposición a los otros, sean estos humanos o seres naturales. Para Freud, el plan de la creación no sólo no contempla sino que, además, se opone a la felicidad humana, la cual es identificada con la realización de este programa y, en virtud de esta oposición, queda limitada a episodios esporádicos. Fácilmente podemos reconocer en esta idea de lucha entre el mundo y el individuo humano una concepción moderna que

enmarca y subyace a través de toda la obra freudiana. Esa idea de lucha se funda, justamente, en una ontología de individuos dónde éstos son concebidos como entes dados. Los humanos pensados como individuos separados del resto de individuos y del mundo sólo pueden relacionarse entre sí a través de luchas, luchas por la supervivencia, por el poder, por el amor, etc. No es de extrañar que Freud identifique como fuentes del sufrimiento humano a la naturaleza indomable, a nuestro cuerpo que envejece y a las relaciones humanas, tanto familiares como políticas y sociales. La consideración de la naturaleza como algo radicalmente diferente y opuesto a la felicidad del humano es la base del pensamiento moderno que ha desarrollado ciencias y tecnologías con el fin de dominar, controlarla para ponerla al servicio de la felicidad humana, concebida como placer. Paradójicamente, el cuerpo humano forma parte de esa naturaleza por lo que podemos sacar, rápidamente, la conclusión: si este cuerpo nuestro es parte de esto tan distinto y opuesto a nosotros, nosotros no somos nuestro cuerpo. Esta idea moderna podemos verificarla en muchos sistemas filosóficos modernos. También el cuerpo es algo que nos es ajeno al que hay que dominar y controlar. Tan ajeno nos es que sólo accedemos a él a través de representaciones, del mismo modo que a cualquier objeto natural. Y de él sólo provienen tensiones. Sin embargo, no son éstas las fuentes más acuciantes de nuestro sufrimiento. La peor de todas es la tercera mencionada por Freud: la social.

Ninguna de las instituciones que creamos puede garantizarnos un poco de felicidad, sino, más bien, todo lo contrario. Freud considera que el origen de la cultura está presente en los primeros intentos de regular las relaciones sociales evitando que sean las tendencias instintivas de los individuos las que las regulen. Fácilmente podemos percibir la fórmula ontológica de Freud respecto a la sociedad. Tenemos individuos con tendencias instintivas que de por sí hacen imposible cualquier sociedad, por lo que lo que hace posible a la comunidad es algo que viene de afuera de los individuos, limitando dichas tendencias y, por ello, generando infelicidad a los individuos humanos. La vida en común es posible cuando muchos individuos se mantienen unidos frente a estas tendencias y sus intereses particulares. La cultura consiste en este poderío de los muchos que restringe las posibilidades de satisfacción de cada uno. Los individuos aislados no padecen estas restricciones. Claramente podemos observar en este punto que es posible concebir seres humanos totalmente independientes, autónomos, frente a ellos, seres humanos agrupados que prefieren la seguridad a la felicidad. Los individuos aptos para la vida en común sacrifican sus instintos para que nadie quede a merced de los instintos de otros. Por eso, así como la naturaleza se opone a la felicidad humana, también la sociedad. La sociedad, fundamentalmente, es la consecuencia del trabajo. Este le hizo ver en los otros la posibilidad de colaboradores, hay así en la vida en común un fundamento pragmático. De la mera asociación que tiene como finalidad la satisfacción genital se pasa a la asociación dirigida a la colaboración en el trabajo y, en un paso siguiente en la evolución,

a la asociación de las alianzas fraternas. En el relato freudiano, la colaboración es un vínculo entre individuos dados. El trabajo para satisfacer las necesidades y la sexualidad que ataba al hombre a la mujer y a ésta a su hijo son las bases de la vida en común. De estos dos basamentos, el segundo tiene una intensidad mayor. La ontología de individuos se visibiliza mucho más aún en este segundo pilar. El concepto de amor o sexualidad que Freud defiende es sólo posible en una ontología de este tipo. En “Más allá del principio del placer” (1920) el amor es lo que une, es una relación que se da entre individuos ya dados. El amor no constituye, no hace posible a los humanos sino, más bien, los supone. Pero sucede que este pilar pronto se ve limitado por las exigencias de la sociedad que hizo posible. La vida en común no sólo impone sacrificios a los instintos agresivos sino también a la sexualidad. Hay una oposición entre los intereses del individuo por su propia felicidad y los intereses que exige la vida en la sociedad. Esta oposición atraviesa muchas consideraciones modernas y está presente de un modo radical en la ontología freudiana: individuo-sociedad; egoísmo-altruismo; por hambre-por amor. En cada individuo se revive esta lucha entre las dos fuerzas que pugnan, una, por la felicidad individual y, otra, por la unión humana. Hay una lucha entre el individuo y la sociedad, resultado de la propia economía de la libido marcada por el principio de placer. Esta lucha hace profundamente infeliz al humano, mucho más que la que enfrenta con la naturaleza. En toda esta mitología podemos visualizar nítidamente el modelo ontológico del psicoanálisis freudiano. Es un relato en el que básicamente tenemos individuos concebidos desde sus pulsiones, las cuales son fuerzas dadas. Esas entidades individuales pulsionales se agrupan limitando parte de su ser a cambio de seguridad y efectividad en la supervivencia. La ley adquiere una importancia radical en ese modelo de sociedad, porque es la que garantiza que todos o casi todos resignen parte de su ser, requisito necesario para la vida en común. Si la ley es la condición de posibilidad de la sociedad, la ética se funda en la justicia y la educación en el dominio de las pulsiones. La ley viene de fuera del individuo, la justicia es un límite externo a un ser comprendido como aparato de deseos. En esta ontología tiene sentido pensar en los límites a los que hay que poner a los adolescentes y no en sus necesidades. En esta ontología es fácil pensar en los deberes y valores que hay que inculcar en los adolescentes para que la sociedad siga existiendo y no en el sustento que estos requieren para continuar siendo o incluso para llegar a ser. Porque el ser es algo que les es dado desde siempre. Lo mejor de la adolescencia, su capacidad creativa, no tiene lugar en esta ontología pues se trata de una ontología conservadora donde lo nuevo es visto como sospechoso.

Este relato es el relato paradigmático de la modernidad. El propio Freud sentía cuando lo escribía que decía cosas obvias. Sabemos que la obviedad es el resultado de una repetición innumerable, lo obvio es una sensación que acompaña a las creencias fundamentales del mundo paradigmático en el que se vive.

Consideremos ahora al psicoanálisis winnicottiano. No partimos aquí de individuos dados que desde un núcleo inicial se desarrolla su ontogénesis. Ni tampoco es posible considerar al aparato psíquico de modo independiente del cuerpo. Aquí, desde el comienzo partimos de la existencia física del ser humano, esa existencia incluye las tendencias heredadas entre las que se encuentran los impulsos madurativos hacia el desarrollo. Por lo que el cuerpo no puede ser algo ajeno. El bebé tiende a vivir en su cuerpo y sobre una base del funcionamiento corporal se desarrolla la construcción del *self*. La realidad psíquica se constituye a partir de las elaboraciones imaginativas que acompañan a los procesos corporales. Esa tendencia a la maduración se entiende como tendencia hacia la integración de la personalidad. Madurar es integrar y a medida que se avanza en este proceso la integración se va haciendo más compleja. El niño cuando se establece como una unidad experimenta un sentimiento de yo soy y recién entonces es capaz de formar relaciones basadas en la vida instintiva. Pero, y éste es un pero importante, para que los procesos de la maduración tengan lugar y lo hagan en los momentos apropiados, es necesaria una previsión ambiental suficientemente buena. El bebé crece a su propio modo si el ambiente es suficientemente bueno. Y este despliegue de la naturaleza humana comienza con una madre que se adapta a las necesidades del niño. Tal madre está estrechamente identificada con el bebé, de modo que sabe de las necesidades de éste siempre. En esta primera y más temprana etapa el niño se encuentra en un estado de fusión, sin haber separado todavía el “yo” del “no-yo”, de modo que lo que en el ambiente es bueno se almacena entre las experiencias del bebé. En esta etapa no hay registros en los que se clasifica lo adaptativo como bueno pero sí existe la capacidad para reaccionar a cada falla de la confiabilidad, la cual es registrada. Esa reacción constituye un trauma pues se trata de una interrupción del “seguir siendo” del bebé. En general los bebés y los niños pequeños son cuidados de un modo confiable, es el “ser cuidado lo suficientemente bien” el que permite la confiabilidad, base de la vida creativa, esto es, sana. Pues es desde este estado de confiabilidad donde el pequeño puede entregarse a llevar a cabo las tareas de integración que esta etapa de la vida le demande y continuar desplegándose en su maduración hacia su *self*.

En esta Teoría de la Maduración que propone Winnicott podemos señalar algunos aspectos que claramente se oponen a la concepción freudiana. El primer lugar, el individuo no es algo dado, ni siquiera podemos hablar de un núcleo dado a partir del cual se desarrolla mecánicamente una ontogénesis. El individuo es un logro, se “llega a ser” individuo. El gran mérito de esta teoría consiste en que al dar cuenta de la realidad preindividual a partir de la cual se llega a la unidad, no tenemos una concepción que nos dibuje individuos abstractos, sino que, por considerar este estado preindividual, posibilita considerar totalidades. En cada momento de su singularidad es posible comprender el ambiente que lo hizo posible. En esta realidad preindividual está la clave de la individuación. El individuo que se “llega a ser” es un individuo individuado, para utilizar una

terminología de Simondon, que la adoptamos por considerarla apropiada para diferenciar los individuos freudianos de los winnicottianos. A esta ontología la llamamos “relacional” por ser el individuo un resultado de vínculos. En ella no hay fuerzas pulsionales universales dadas. Hay relaciones. Los bebés no existen como individuos, ni siquiera tienen una sensación de individualidad. El individuo se constituye en el seno de una relación. Para Winnicott ni siquiera es posible la percepción de un bebé aislado porque, como él mismo dice, cuando alguien le señala a un bebé, el señalamiento incluye al cuidador, por eso lo que se ve es una “pareja bebé-cuidador”.

El *self* que se constituye no es un resultado de un programa mecánico, no puede ser tratado como un universal porque es personal, el proceso de maduración es personal. No hay aquí un programa análogo al del principio de placer. La felicidad no queda reducida a satisfacción de deseos, ni el amor reducido a sexualidad. Mientras para Freud todo amor es una versión de la sexualidad, para Winnicott, amor se asocia a cuidado. Hay necesidades que requieren ser reconocidas y el amor es la totalidad del cuidado que la mamá ambiente le brinda al pequeño y que facilita sus procesos de maduración.

Ahora bien, a partir de esta ontología ¿qué concepto de sociedad podemos consecuentemente desarrollar? No pareciera posible que a partir de una ontología radicalmente diferente a la freudiana lleguemos a una noción semejante de sociedad. Winnicott siempre aborda la sociedad en función de la salud, lo que aquí tratamos de revisar es la coherencia entre esos abordajes y su teoría de la maduración.

En “Algunas reflexiones sobre el significado de la palabra ‘democracia’” (1950a) Winnicott sostiene:

Una democracia constituye un logro, en un momento determinado de una sociedad limitada, esto es, de una sociedad que cuenta con algún límite natural. De una verdadera democracia, tal como el término se utiliza hoy, cabe afirmar: *en esta sociedad, y en este momento, existe suficiente madurez en el desarrollo emocional de una proporción suficiente de los individuos que la integran como para que haya una tendencia innata a la creación, recreación y mantenimiento de la maquinaria democrática.* (Winnicott, 1950a/1994, pp. 279-280)

En esta definición subyace la idea de la sociedad concebida como suma de individuos, idea coherente con una ontología de individuos, pero no con la ontología relacional. Vimos que el individuo es un “llegar a ser” en virtud de un ambiente suficientemente bueno que lo hace posible. Ese ambiente es la mamá que con sus cuidados permite que el bebé pueda confiadamente entregarse a las tareas que lo ocupan. Podemos ahora agregar que, a su vez, esa mamá, para poder identificarse con su hijo y poder entregarse confiadamente a su tarea de cuidado, debe, a su vez, ser cuidada. Y podemos extender así estas relaciones hasta constituir una red de cuidados. Esta red no es para nada

contraria a la Teoría de la Maduración, pues ésta supone un continuum entre el cuidado materno, la familia y la provisión social. Por eso nos preguntamos ¿Es posible una suficiente madurez en el desarrollo emocional de una proporción suficiente de los individuos que integran a una sociedad si ésta no es democrática? Si la democracia depende de aquellos individuos maduros capaces de incluir un sentido social en su desarrollo personal pero a su vez, esos mismos individuos para ser maduros han necesitado que haya, de algún modo, una red de cuidados que haga posible su madurez, ¿no sería más coherente con la Teoría de la Maduración una concepción de democracia en términos de “institución” que con sus estructuras garantice esta red de cuidados para que cada mamá pueda dedicarse confiadamente a la tarea del cuidado para garantizar que haya más individuos maduros? ¿No sería acaso, más coherente, pensar una sociedad democrática en términos de instituciones democráticas que garanticen que las familias corrientes sean cuidadas para que de su seno salgan personas maduras? Es cierto que la existencia de estas estructuras no garantiza que no haya funcionarios de turno que no actúe según las mismas, pero siempre hay más posibilidades si existen tales políticas que si no existen. En definitiva, la pregunta que se nos impone en este punto ¿dependen las instituciones democráticas de las voluntades de individuos?

En “Muros de Berlín” (1986c[1969]) sostiene:

Debemos suponer que el mundo, en la medida en que se está convirtiendo en una unidad desde el punto de vista sociológico, no puede ser mejor que los individuos que lo componen. *Si hacemos un diagrama del individuo humano, la superposición de mil millones de estos diagramas representará la contribución total de los individuos que componen el mundo y será al mismo tiempo un diagrama sociológico del mundo. ...* De hecho, es probable que el concepto de individuo sea relativamente moderno y que no haya habido personas totales hasta hace unos pocos centenares de años; o quizás haya habido unos pocos y excepcionales individuos totales en los últimos dos mil años. Hoy es demasiado *fácil dar por sentado que el individuo como unidad es la base todo lo humano* y que quien no ha logrado integrarse en algo que pueda llamarse una unidad no ha alcanzado el punto a partir del cual es posible lograr la madurez, cualquiera que sea el significado que demos a esta palabra. (Winnicott, 1986c[1969], pp. 255-256)

En estas consideraciones habría que plantearse si “la superposición de mil millones de estos diagramas” no es una mera suma sino que se trata de redes vinculares a las que difícilmente individuos aislados puedan, con acciones aisladas, afectar de alguna manera. ¿Qué tipo de diagrama sociológico del mundo es este que obtenemos? No estamos aquí defendiendo una idea de sociedad como una estructura substancializada. Simplemente estamos buscando una noción de sociedad que no sea comunitarista pero que tampoco sea una suma de individuos, pues, ningunas de las dos es

coherente con la ontología winnicottiana.

En este texto que consideramos ahora “Inmadurez adolescente” (1969c[1968]) hay varios puntos a tener en cuenta.

No es mi propósito considerar la sociedad desde ese punto de vista [la enfermedad], sino en *relación con su sanidad*, es decir, con su natural crecimiento o rejuvenecimiento perpetuo *determinado por la salud de sus miembros psiquiátricamente sanos*. Digo esto aunque sé que en ocasiones la proporción de miembros psiquiátricamente enfermos de un grupo puede ser demasiado alta, de modo que los elementos sanos no pueden influir en ellos, ni siquiera con la suma de su salud. Entonces la *unidad social* misma se convierte en una baja psiquiátrica. Por lo tanto me propongo considerar la sociedad como si estuviera compuesta por personas psiquiátricamente sanas. ... El axioma es que, dado que la sociedad sólo existe como una estructura creada, mantenida y constantemente reconstruida por individuos, *no puede haber realización personal sin sociedad, ni sociedad al margen de los procesos colectivos de crecimiento de los individuos que la componen*. Y debemos aprender a dejar de buscar al ciudadano del mundo y contentarnos con encontrar alguna que otra persona cuya unidad social se extienda más allá de la versión local de la sociedad, del nacionalismo o de los límites de una secta religiosa. En efecto, tenemos que aceptar el hecho de que las personas psiquiátricamente sanas dependen, en lo que se refiere a su salud y a su realización personal, de la lealtad a un área limitada de la sociedad, tal vez el club de bolos local. ¿Y por qué no? (Winnicott, 1969c[1968]/1994, pp. 176-177)

Aquí, claramente, Winnicott señala que la salud de la sociedad está determinada por la salud de los individuos sanos que la componen. Esta concepción lo lleva en más de una oportunidad a plantearse cuál sea el número o la proporción de individuos sanos que se requieren para que una sociedad sea sana o democrática. Es llamativo el concepto de “unidad social” que nos lleva a plantear la hipótesis de que él mismo quizás no esté pensando en una mera suma de individuos. Como ya descartamos, esta unidad no debe hacernos pensar en un sentido de cosificación o sustancialización de la sociedad. Es importante destacar que éstas no son las dos únicas formas de concebir la sociedad. Mucho más llamativa es su afirmación de que *no puede haber realización personal sin sociedad*, lo cual es absolutamente coherente con su teoría de la maduración, *ni sociedad al margen de los procesos colectivos de crecimiento de los individuos*. Hago énfasis de que en esta cita habla de procesos colectivos y esto supone algo más que suma de individuos. Winnicott considera que vale la pena investigar las diferencias entre las costumbres aceptadas por los diferentes grupos sociales, por ejemplo respecto a la actitud local frente, por ejemplo, al chupete o la succión del pulgar. Y esto es cultura, la cual es difícil separarla de la noción de sociedad y la

cual, de ninguna manera puede ser comprendida desde la mera suma de individuos. De hecho, la posibilidad de la experiencia cultural se da en el espacio potencial, que es un espacio relacional. La herencia cultural sola no garantiza la experiencia cultural. Si pensamos la primera como un trasfondo en el que se dan los espacios vinculares y pensamos la segunda como el espacio potencial, en ningún caso entra la fórmula “suma de individuos”.

Una sociedad concebida como red de cuidados hace posible concebir a las instituciones que tienen relevancia en la vida de los adolescentes, las cuales, además de la familia, son la escuela, clubes, los barrios, etc. Sin que esto implique negligenciar el aspecto personal del cuidado. Esa red de cuidados debe estar orientada a garantizar que los adolescentes no deban adoptar una falsa madurez basada en personificaciones de los adultos.

Si la relación precede al individuo no pueden ser los individuos los que crean la sociedad. Quizás la propia Teoría de la Maduración nos lleva a conclusiones sobre la sociedad que ni el mismo Winnicott visualizó y con las cuales cuestionó el núcleo mismo de la modernidad y su énfasis en el individuo autónomo e independiente. Consideramos se abre aquí un amplio capítulo para la investigación sobre el pensamiento de Winnicott.

## Referencias

Freud, S. (1996). El Malestar de la Cultura. En Freud, S. *Obras Completas* (Vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1930)

Freud, S. (1999). Más allá del principio del placer. En Freud, S. *Obras Completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1920)

Winnicott, D. W. (1994). Algunas reflexiones sobre el significado de la palabra “democracia”. En D.W. Winnicott (1994/1986b), *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1950a,

Winnicott, D. W. (1969). Muros de Berlín. En D.W. Winnicott (1994/1986b), *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós, 1994. (Trabajo original publicado en 1986c[1969])

Winnicott, D. W. (1994). Inmadurez adolescente. En D.W. Winnicott (1994/1986b), *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969c[1968])